

sería por parte de Metternich, estaba llena de confesiones comprometedoras, de alegaciones falsas ó injuriosas, mas tenía al más alto punto el carácter que quería tener, es decir, el de una amenaza pública. El rasgo más asombroso de este discurso era sin contradicción el reproche de ingratitud dirigido al emperador de Austria! Napoleon añadía por conclusión la petición de que Austria dejara de armar y que reconociera á José como rey de España.

En la imposibilidad de rechazar inmediatamente el reto, el gabinete de Viena temporizó y respondió con vagas promesas, mas no suspendió un solo instante sus preparativos, de manera que Napoleon no alcanzó sino un muy mediano éxito en su tentativa de intimidación.

El emperador no fué más afortunado cerca de otra corte que había sido reducida á la última humillación y que había hasta ahí siempre subyugado por el temor. La Sede apostólica, de ordinario hostil á las insurrecciones más legítimas, sintió tal vez más que ninguna otra corte europea los triunfos de la insurrección de España. Verdad es que ella sola tenía más agravios contra Napoleon que todos los otros gabinetes reunidos. A continuación de la inútil misión del cardenal de Bayanne, el emperador se había apoderado de las provincias del Papa disfrazándolas con nombres extranjeros de departamentos del *Metauro*, del *Musone*; del *Tronto*, designación escogida de intento para hacer olvidar el pasado, pues bajo tales dominaciones creía que nadie advertiría la posesión de los Estados romanos. Después había tomado posesión secretamente de la ciudad de Roma (2 Febrero 1808).

El general Miollis tenía puesta la mano sobre todos los servicios públicos; gobernaba la ciudad eterna como una simple prefectura. El Papa había protestado contra la ocupación de su capital; pero, bien que esta protesta fuese de una dulzura toda evangélica, Napoleon había contestado separando del Papa á los perversos consejeros que le pervertían. Hizo salir de Roma por sus gendarmes y conducir á la frontera á todos los cardenales que no eran romanos. Incorporó en sus tropas los soldados del ejército del Papa haciéndoles prometer «que en lo futuro no serían más mandados por curas,» honor que estos desgraciados debían pagar caro. Todas estas violencias fueron coronadas por la ocupación del Quirinal, y Pío VII se vió no solamente despojado de todas las prerogativas de la soberanía, sino escoltado y guardado como un prisionero en su propia morada (7 Abril 1808).

Sin embargo, en el momento de empeñar la lucha con España, Napoleon se apercibió un poco tarde, según su costumbre, de que había emprendido demasiadas cosas á la vez, y que sus disputas con la corte de Roma podrían comprometer gravemente sus proyectos sobre la nación española. El 18 de Abril de 1808, escribía al príncipe Eugenio: «Hijo mío, estoy *inmensamente ocupado*; es por esto que deseo que los negocios de Roma se retarden hasta el 10 de Mayo. Interin hacéd gobernar temporalmente las cuatro legaciones como he ordenado. No es necesario cargar uno con todo el trabajo á la vez.» El motivo del aplazamiento propuesto por el emperador era la publicación del decreto en el cual Napoleon declaraba revocar «la donación de Carlomagno, *su ilustre predecesor*,» en lo que tocaba á las provincias de Urbino, Ancona, Macerata y Camerino; mas la contraorden llegó demasiado tarde. Miollis había no solamente publicado el decreto, sino hecho arrestar en el propio palacio del Santo Padre á su secretario de Estado, Gabrielli. Entre el papado y el imperio había, pues, estallado una guerra á muerte. Se podía disimular el choque, sofocar el ruido á fuerza de intimidación, de silencio, de misterio, pero no se podía ya detener más la marcha de las cosas, y se iba á proseguir la lucha sin tregua y sin descanso hasta la caída de uno de los dos combatientes.

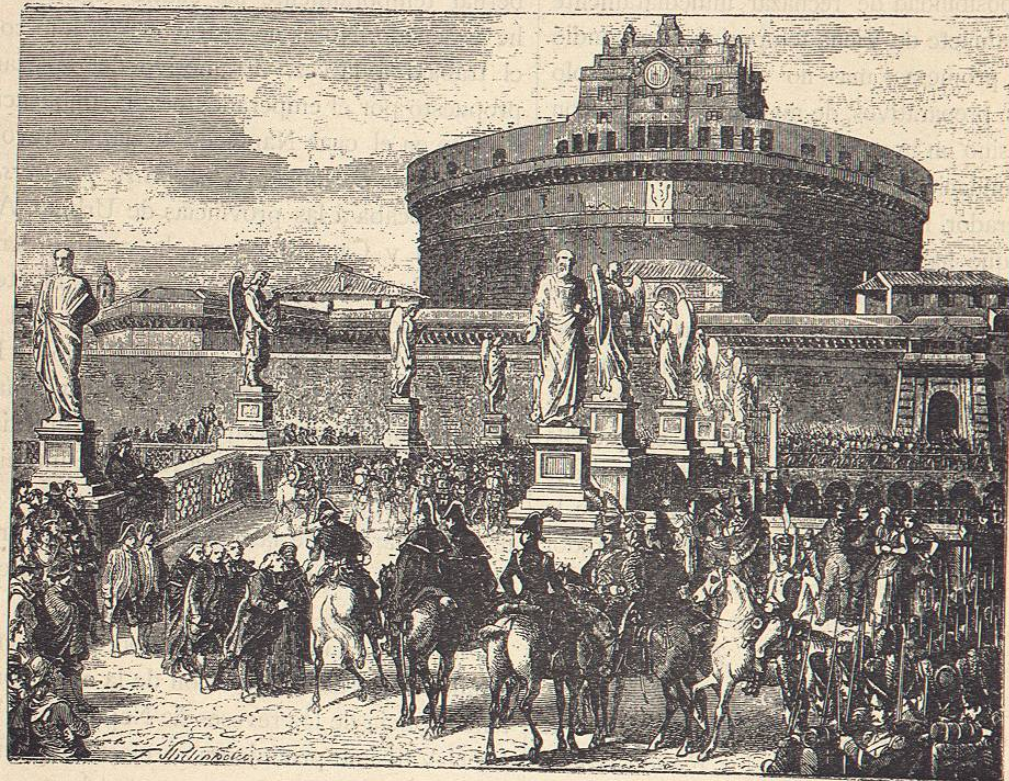
Fácil es de imaginar cual hubo de ser en un estado de cosas la impresión de la corte romana al tener noticia de los reveses de Napoleon en España. En el Vaticano produjeron el efecto de un verdadero rocío celeste. Las protestas hasta aquí tan tímidas de la Santa Sede tomaron sobre la marcha un acento agrio y altanero, tanto que el mismo cardenal Pacca, que las firmaba en su cualidad de sucesor de Gabrielli, se declaró un tanto escandalizado de ello en sus *Memorias*. A partir del mes de Agosto de 1808, todos los actos de la administración francesa en los Estados pontificios se convertían, por lo tanto, en ocasiones para la publicación de manifiestos vehementes que manos misteriosas y desconocidas fijaban en los muros de Roma. Mas Napoleon procuró apagar las hostilidades y adormecer á sus adversarios, evitando toda nueva causa de querrela, pero Pío VII levantó la voz y procuró atraer la atención de Europa, áun distraída é indiferente. Los contratiempos sufridos por Napoleon no han sido bastante graves para que el Santo Padre se atreva á venir á las grandes resoluciones; mas se dispone á hacer uso de sus armas espirituales; las tiene en buen estado; revé y acaricia con



amor en el silencio del gabinete una bula de excomunión desde largo tiempo preparada que en momento oportuno se propone hacerla estallar en la cabeza de Napoleón.

Esta situación general del continente, poco alarmante en apariencia por el momento, podía hacerse más peligrosa, una vez Napoleón hubiese ocupado España con sus mejores tropas. Así sin conocer los síntomas más inquietantes de este estado de cosas,

había sentido además la necesidad de hacer la parte del fuego, reducir sus pretensiones, y sobre todo ganar seriamente esta vez el apoyo de Rusia. Era necesario renunciar á España, lo que su orgullo no podía admitir, ó mostrarse á Europa con fuerzas de la naturaleza que quitase á quien quiera que fuese el deseo de turbar sus operaciones en la Península. La alianza de Alejandro era siempre el medio más seguro de contener las potencias europeas. Desgra-



Ocupación de Roma

ciadamente las engañadas esperanzas que el tsar había sufrido á consecuencia del tratado de Tilsit no habían contribuido á darle confianza en Napoleón. Se había conseguido durante algún tiempo ocupar la imaginación de Alejandro con los planes fantásticos de la división de Turquía y de la expedición en la India; mas de todas las posesiones que se le habían prometido no se le había entregado sino la Finlandia. Esta adquisición tomada á mano armada sobre los Estados de su pariente, de un aliado que se había arruinado por la causa común, había sido mal visto en Rusia, en donde desde largo tiempo no se temía nada ya de la vecindad de Suecia. La intimidad del tsar con Napoleón había sido siempre impopular á los ojos de sus súbditos; después de las decepciones de Tilsit les era odiosa y se hablaba alto en Petersburg de tener que recu-

rrir al fin al *gran remedio asiático*, remedio soberano aplicado ya á Pablo I y á varios de sus predecesores.

Las relaciones, un momento muy tirantes, de Napoleón con la corte de Rusia, vinieron á ser mucho más cariñosas á medida que los sucesos de España se complicaron. Después de la capitulación de Bailén vinieron á ser afectuosas. El tsar tenía demasiada perspicacia para no comprender el sentido de esta gradación. Había en seguida comprendido que Napoleón se crearía dificultades en España, y por lo tanto se vería forzado de hacer concesiones á Rusia. ¡Cosa característica y que juzga esta alianza tan alabada, nuestro aliado estaba obligado á contar con nuestros descalabros! Lejos de hacer entonces la menor objeción á los atentados de su gran amigo, Alejandro hablaba de ellos sin cesar á Cau-

laincourt como de la cosa más natural del mundo y la más legítima. Habiendo hecho tanto para renegar su pasado y abandonar la causa que había servido no le quedaba más remedio que ir hasta el final, á fin de conseguir á lo menos los beneficios de esta conducta. También vive con un gozo fácil de adivinar, comenzar y subir los obstáculos que debían hacer su posición tan fuerte. Desde mediados de Marzo, Napoleón queriendo calmar la impaciencia de Rusia declaraba á Tolstoï que estaba dispuesto á

satisfacerla en todos sus puntos, á evacuar la Prusia, á sosegar los poloneses, á arreglar los negocios de Oriente, pero que deseaba antes tener con el tsar una nueva entrevista, en la cual todas estas cuestiones serían arregladas definitivamente.

Después de Bailén estas demostraciones de amistad llegaron hasta la ternura. Napoleón arde para volver á ver á Alejandro de apretarle contra su corazón, para borrar el recuerdo de mal entendidos pasos. ¡Cuán lejos no está ahora de este proyecto



Monumento elevado en Berlín al barón de Stein

de conservar la Silesia como equivalente de los principados, proyecto que poco antes parecía tan natural! Todo eso no puede ser ya hoy cuestión, ni tampoco puede serlo el vano espantajo de una independencia polonesa. Los papeles están cambiados. Alejandro no es ya un pedigüño como en Tilsit; puede presentar sus condiciones y en caso de necesidad imponerlas. Es tan árbitro de la situación como la misma Austria que le ofrece las provincias de Moldavia y de Valaquia que Napoleón le hace desear desde tan largo tiempo. La alianza rusa que en Tilsit no era para el emperador sino como una cosa conveniente á su ambición, era ahora para él una necesidad.

Esto se sentía tanto de una parte como de otra; así los dos soberanos estaban igualmente impacientes para volverse á ver, el uno para consolidar una

alianza tan indispensable al éxito de sus planes, el otro para sacar finalmente las ventajas prometidas. Se convino en consecuencia que la entrevista deseada tendría lugar en Erfurt hacia fines de Setiembre de 1808.

Satisfacer la ambición rusa, obtener en Europa por medio de esta poderosa complicidad una tranquilidad de algunos meses que le permitiría aplastar para siempre la insurrección española, tal es el plan nuevo al cual Napoleón se atiene con su actividad habitual y que tiene las más grandes probabilidades de realizar, gracias á las enemistades que ha hecho nacer entre los jefes de la antigua coalición europea. Divididos delante de él como los jefes de la confederación gala ante César, habrían sufrido la misma suerte, si el novel actor, el pueblo español, no hubiese venido á arrojar su espada en la balan-